

UN GIRO INESPERADO

*¿Qué habría pasado si la Reina Malvada hubiera
envenenado al príncipe?*



Espejito,
espejito mágico

JEN CALONITA



Espejito, espejito mágico

UN GIRO INESPERADO

JEN CALONITA

Traducción de Marta García Madera

LIBROS 

© 2023 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Marta García Madera, 2023
© 2023, de la presente edición en castellano: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: febrero de 2023
ISBN: 978-84-18940-51-4
Depósito legal: B.440-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Blancanieves

Diez años antes

Los copos de nieve caían suavemente, cubriendo el terreno del castillo que ya estaba congelado. Cuando sacó la lengua, sintió cómo los copos se le posaban encima. Las gotitas de agua congelada se llamaban igual que ella: Nieve.

¿Le pusieron ese nombre por la nieve o la nieve se llamaba así por ella? Tenía esa duda. Ella era princesa, así que el tiempo podría haberse llamado así por ella.

Pero, claro, la nieve existía desde antes. Ella solo tenía siete años.

—¿A qué huele? —dijo su madre, arrancándola de sus pensamientos.

Blancanieves se aplastó contra la muralla de los jardines del castillo para que no la vieran y procuró estarse quieta.

—Qué aroma tan delicioso y dulce... ¿Puede ser que haya un ganso en el jardín conmigo?

Blancanieves soltó una risita.

—Mamá, ¡los gansos no se quedan en el castillo en invierno! Vuelan al sur. Eso lo sabe todo el mundo.

—Todo el mundo sabe también que, si hablas mientras juegas al escondite, te encuentran más rápido. —Su madre dobló una esquina y la señaló con el dedo—. ¡Te he encontrado!

Quizás no fuera muy objetiva, pero Blancanieves pensaba que su madre era la persona más maravillosa del mundo. Su padre decía que ella se le parecía mucho y, de ser cierto, Blancanieves estaba encantada. Su madre tenía unos ojos amables del color de las castañas y pelo del mismo tono que el azabache. Ese día, lo llevaba recogido en un moño flojo. Se había quitado su corona preferida (su madre no la solía llevar mientras jugaba en el jardín, sobre todo en los meses de invierno), pero se la tendría que poner en la cabeza cuando volvieran a entrar al cabo de un momento. Su madre tenía que prepararse para el baile de máscaras anual del castillo. Blancanieves detestaba el hecho de ser demasiado joven para asistir. Tenía que cenar en sus aposentos con su niñera. Deseaba mucho poder ir a la fiesta. Prefería la compañía de su madre antes que la de cualquier otra persona.

—¡Te voy a pillar! —gritó su madre, tirando de la capucha forrada de piel de su capa de terciopelo rojo. A Blancanieves le gustaban sobre todo los botones dorados de la capa. Jugaba con ellos cuando estaba junto a su madre durante las procesiones por las calles del pueblo. Aflojaba los botones y volvía loca a su modista, pero Blancanieves se sentía a salvo y bien, igual que cuando estaba con su madre. Casi nunca se quería separar de ella, salvo cuando jugaban al escondite.

—Pero ¡todavía no me has pillado! —exclamó Blancanieves, y salió corriendo por el laberinto de setos del jardín. Su madre se empezó a reír.

Blancanieves no estaba segura de por dónde ir. Todos los caminos parecían iguales. Los setos verdes y altos, cuidadosamente poda-

dos, lo bloqueaban todo, solo se veía el cielo gris y nevado. La mayoría de las flores habían sido cortadas para la estación, dejando gran parte de aquel terreno normalmente hermoso desnudo, y la posición de Blancanieves en los jardines era más visible de lo normal. Si Blancanieves seguía doblando esquinas, sabía que llegaría al centro del laberinto y al querido aviario de su madre. La cúpula de dos niveles de hierro forjado parecía una jaula de pájaros gigante. Era el orgullo y la alegría de su madre y lo primero que había encargado al convertirse en reina. Siempre había amado las aves. La madre de Blancanieves mantenía a varias especies dentro de las murallas con redes, y le explicaba pacientemente a su hija la naturaleza de cada pájaro. Las dos habían pasado numerosas horas observando el aviario, mientras Blancanieves nombraba a todas las criaturas que había dentro. Su preferido era Bola de Nieve, un pequeño canario blanco.

Cuando Blancanieves rodeó la esquina y vio la cúpula delante de ella, Bola de Nieve revoloteó hasta un punto más elevado y la vio, y se puso a piar, revelando la posición de Blancanieves. No pasaba nada. El hecho de que su madre la atrapara a veces era la mitad de la diversión.

—¡Allá voy! —gritó la reina.

Blancanieves se rio con más fuerza, mientras su respiración dejaba anillos de aliento en el aire frío. Oía las pisadas de su madre cada vez más cerca, así que dio la vuelta al aviario de prisa para esconderse en el lado opuesto. Pero no tuvo cuidado (su madre siempre le decía que lo tuviera) y sintió que empezaba a resbalarse en un trozo de hielo. En un abrir y cerrar de ojos, Blancanieves se cayó, fuera de control, hasta chocar con un rosal.

—¡Ay! —gritó mientras conseguía sacarse la rama de espinas que se le había clavado en la capa y le había pinchado en la mano derecha. Blancanieves vio la sangre derramarse por la pálida palma de su mano y empezó a llorar.

—¡Blancanieves! —dijo su madre, acercándose a ella—. ¿Estás bien? ¿Dónde te has hecho daño? —Se inclinó, mientras Blancanieves empezaba a ver borroso, como si la nieve comenzara a caer con más fuerza de repente. Incluso a través de aquella niebla, Blancanieves pudo ver los ojos oscuros de su madre mirándola fijamente—. Tranquila, Blancanieves. Todo va a ir bien. —Cogió la mano herida de su hija, sacó un pañuelo bordado del bolsillo, lo empapó de nieve y lo apretó contra la herida de su hija. Aquello enfrió la quemadura del corte. Envolvió la mano con fuerza con el pañuelo—. Ya está. Mucho mejor. Podemos limpiarlo cuando entremos.

Blancanieves frunció los labios.

—¡Odio las rosas! ¡Hacen daño!

Su madre sonrió, su imagen se iba suavizando junto al sonido de su voz. Parecía muy lejana.

—Sí, pueden hacerlo, cuando te pinchas con una espina. —Cogió una única rosa roja de la mata. Estaba petrificada por la nieve y helada, pero estaba perfectamente conservada y era de un color casi carmesí. Blancanieves la miró atentamente—. Pero no deberías tener miedo de conseguir algo bonito, aunque haya espinas en tu camino. Si quieres algo, a veces tienes que arriesgarte. Y cuando lo haces, logras recompensas maravillosas. —Dio la rosa a Blancanieves.

—No deberíais estar aquí, majestad.

Blancanieves levantó la vista. La hermana de su madre y dama de compañía, su tía Ingrid, las miraba fijamente. Casi con furia. De algún modo, Blancanieves conocía bien aquella mirada.

—Ya llegáis tarde.

Blancanieves, de diecisiete años, se despertó con un sobresalto, jadeó en busca de aire y se incorporó de golpe en la cama.

—¡Mamá! —gritó.

Pero no había nadie que la pudiera oír.

Nunca había nadie. Ya no.

Blancanieves fue saludada por el sonido del silencio.

Mientras se secaba el sudor de la frente, se preguntó si aquello había sido otro sueño que se había convertido en pesadilla, o era un recuerdo de verdad. Últimamente, los tenía cada vez con más frecuencia. Habían pasado más de diez años desde que había visto la cara de su madre; a veces no estaba segura.

Ya casi nunca veía a su tía Ingrid. Ni ella, ni nadie del castillo. Su tía se había convertido casi en una reclusa y dejaba que muy pocas personas entraran en su círculo íntimo. Su sobrina, a la que criaba a regañadientes, no era una de ellas.

La tía Ingrid siempre era igual en los sueños, quizás debido a que en las raras ocasiones en las que Blancanieves se cruzaba en su camino en el castillo, siempre tenía alguna ligera variación del mismo vestido largo. Aunque fueran muy similares en el corte, solo llevaba los vestidos confeccionados más maravillosamente, con las mejores telas que su reino podía ofrecer y solo en tonos morados. En el castillo había muchas corrientes de aire, lo que podía haber sido la causa de que tía Ingrid nunca fuera vista sin una capa oscura que se enrollaba alrededor del cuerpo como si fuera una serpiente. Blancanieves no recordaba la última vez que había visto su cabello (ni siquiera recordaba de qué color era), porque Ingrid siempre se cubría la cabeza con un tocado muy ceñido que acentuaba su corona.

En cambio, Blancanieves no recordaba la última vez que le habían dado algo nuevo que ponerse. No es que le importara mucho (¿quién la iba a ver, de todas formas?), pero habría estado bien tener un vestido que no le tirara en los brazos o que no le llegara solo hasta las pantorrillas. Tenía dos vestidos que iba alternando y los dos estaban llenos de remiendos. Había arreglado su falda burdeos, que había hecho con unas cortinas viejas, más veces de las que recordaba.

Ni siquiera le quedaba más tela para modificarla, así que la falda se había convertido en un arcoíris de colores con trozos de tela beige y blancos para tapar los agujeros causados por un rosal o los escalones de piedra.

«Rosas.» ¿Qué era lo que pasaba con aquellas rosas en su sueño?

No se acordaba. El sueño estaba empezando a esfumarse. Lo único que veía era la cara serena de su madre. Quizás lo mejor fuera dejar estar el recuerdo. Tenía mucho que hacer aquel día.

Blancanieves salió de la cama y fue hasta la gran ventana de sus aposentos, abriendo las pesadas cortinas. Se había resistido a usarlas para hacerse una capa que la abrigara, pero si el siguiente invierno era tan malo como el último, quizás tendría que recurrir a ellas. Dejó entrar la brillante luz del día y miró la tierra que había más abajo.

El verano estaba en pleno apogeo, lo que daba al vetusto castillo un brillo que necesitaba urgentemente. Aunque no podía negar que el exterior del castillo se había deteriorado en los diez últimos años, se sintió orgullosa al mirar el jardín y el querido aviario de su madre. Había podado los setos, dándoles una forma limpia, y había volcado y desmalezado las camas de flores. Las flores frescas colgaban de recipientes plateados en las paredes de ladrillos, haciendo que el jardín cobrara vida. Además, había sido útil cortar poco a poco la hiedra que amenazaba con apoderarse de todo el castillo. Ella solo llegaba a cierta altura, pero a ras de suelo, la piedra volvía a verse claramente, aunque hiciera falta una buena limpieza. (Ya lo había apuntado en su lista.) No se quería ni imaginar cómo estaría la fachada al otro lado de la fortaleza. Su tía le había prohibido salir de los terrenos del castillo. Decía que era para que Blancanieves estuviera a salvo, pero ella se sentía prisionera. Al menos todavía podía ir y venir por los jardines cuando quisiera.

Estar al aire libre en vez de encerrada en aquel castillo era su cielo particular. No debía hablar con los pocos guardias que todavía

trabajaban para su tía, pero al menos cuando se cruzaba con otro ser humano al ir desde el castillo al jardín todos los días no se sentía tan sola. Su tía no la dejaba hacer apariciones públicas desde hacía años (aunque en aquel momento, apenas aparecía nadie, ni siquiera la misma reina) y el castillo casi nunca recibía visitas. Blancanieves a veces pensaba si el reino sabía que todavía existía una princesa. Pero no había nadie a quien preguntárselo.

Blancanieves intentaba mantenerse ocupada cuidando el castillo. Cuando tenía demasiado tiempo libre, empezaba a pensar mucho en todo lo que había perdido durante los últimos diez años. Su querida madre, la reina Katherine, se había puesto enferma tan rápido que Blancanieves no había tenido la oportunidad de ir a la cabecera de su cama a despedirse de ella. Su padre había estado demasiado afligido para consolarla y había acudido a tía Ingrid, con quien se casó al poco tiempo. Blancanieves todavía oía los murmullos sobre aquella unión, que parecía deberse más a la necesidad que al amor. Supuso que su padre había querido que ella tuviera una madre, y suponía que la tía Ingrid era lo más parecido. Pero no lo había sido. Blancanieves se dio cuenta de que su padre nunca volvió a sonreír como cuando su madre estaba viva.

Quizás fuera la verdadera razón por la que su padre había huido hacía solo unos meses: estaba destrozado. O, como mínimo, eso es lo que se había dicho a sí misma. Era demasiado duro creer lo que la tía Ingrid había contado a todo el mundo: que su padre había perdido el juicio. La tía Ingrid decía que sin Katherine para ayudarlo a gobernar el reino, el rey Georg se había hundido por el dolor. En una ocasión, Blancanieves había oído a su tía decir a la corte que Georg hablaba a Katherine como si todavía estuviera viva, asustando a guardias, criados e incluso a su propia hija. Pero Blancanieves no recordaba que él lo hubiera hecho.

Su último recuerdo de su padre era en el aviario. Ella se había

escapado hasta allí para cuidar a los pájaros de su madre. Al notar la presencia de alguien, se había dado la vuelta y había visto al rey mirándola con lágrimas en los ojos.

—Me recuerdas tanto a tu madre —le dijo con voz ronca. Se le acercó y le acarició el pelo suavemente—. Siento mucho que ya no esté aquí para verte crecer.

—No es culpa tuya, papá —dijo Blancanieves, y solo consiguió que él llorara con más fuerza. Se arrodilló, la cogió de los hombros y la miró a los ojos.

—No cometas los mismos errores que yo, Blancanieves —le dijo—. No te dejes engañar por el amor. Solo llega una vez. Confía en tu instinto. En tu gente. En lo que has aprendido de tu madre, sobre todo. Deja que su espíritu te guíe cuando gobiernes. —Le cogió la cara con las manos—. Serás una reina extraordinaria algún día. No dejes que nadie te haga perder el rumbo.

—Sí, papá —recordó haberle dicho, pero sus palabras la habían asustado. Parecían una despedida.

A la mañana siguiente, él ya no estaba.

Al principio, Blancanieves no se percató de la desaparición. No fue hasta que se vistió y fue a los aposentos de su padre para desayunar con él como siempre cuando oyó a alguien hablar de la desaparición repentina del rey. La reina Ingrid (coronada recientemente) había debido atender «asuntos urgentes» y no había encontrado a su sobrina para contárselo ella misma. Así que Blancanieves se había enterado de aquella noticia por dos guardias que chismorreaban.

—La reina dice que está loco. Que estaremos mejor sin él. No ha sido el mismo desde que murió la reina Katherine —dijo uno—. ¿Qué rey huye y abandona a su hija?

—¿Qué rey abandona a su propio pueblo? —contestó el otro.

Blancanieves no sabía la respuesta a aquellas preguntas. Lo único que sabía es que nunca se había sentido tan sola. Después de que se

fuera su padre, también parecía haber desaparecido la tía Ingrid. La nueva reina no tenía tiempo para desayunar con Blancanieves, y mucho menos aún para estudiar pájaros en el aviario. Estaba demasiado ocupada reuniéndose con la corte recién nombrada, un grupo de personas a las que Blancanieves no había visto nunca. Todas las personas con las que había trabajado su padre habían sido despedidas. Ingrid había seleccionado cuidadosamente a un pequeño séquito de consejeros. De todas formas, Blancanieves oyó que cotilleaban sobre el nuevo apodo que le habían puesto a su tía: la llamaban «la reina malvada» a sus espaldas. Aparte de aquellas reuniones, la reina rara vez aceptaba citas o veía a miembros de la realeza. Al cabo de un par de años, su tía ya no dejaba entrar a nadie nuevo en el castillo. Se rumoreaba que tenía miedo a los traidores, cosa que pareció demostrarse cuando la mayoría del personal fue despedido, salvo un grupo selecto.

La engreída reina Ingrid no podía pasar sin su costurera personal, Margaret, ni los guardias omnipresentes, ni un pequeño grupo de cocineros, pero no contrató a nadie que cuidara a Blancanieves. La princesa se crió a sí misma, creció más que nada sola en su habitación grande y vacía que le recordaba a una tumba. Estar sola con sus pensamientos podría haberla vuelto loca, pero ella mantenía ocupada la cabeza haciendo listas mentales de cosas para superar cada día.

Ese día no era una excepción. Se apartó de la ventana, se quitó la bata y se aseó con el aguamanil que había llenado en el pozo de los deseos el día anterior. Se puso el vestido con la falda marrón remendada y alisó las arrugas de la blusa blanca y marrón con la que casi combinaba. Se calzó los zuecos, que había limpiado recientemente. Mirando el espejo reluciente (había arreglado la habitación el día antes, como hacía cada semana), se puso la diadema azul que había hecho con restos que la costurera de su tía había descartado por ser basura. Satisfecha, Blancanieves fue hasta el armario.

Estaba prácticamente vacío. Los pocos vestidos que colgaban del perchero hacía años que le iban pequeños, pero los guardaba tanto por motivos sentimentales como por si alguna vez necesitaba la tela para hacer parches u otras cosas. No soportaba la idea de cortar en pedazos su historia (estaba el vestido de cuando cumplió siete años, y el que había llevado a una reunión con su padre y el rey visitante de Prunham), pero a veces era necesario. De momento, los vestidos servían de recordatorio de una vida distinta y eran un escondite maravilloso. Blancanieves devolvió el vestido de cumpleaños a su sitio y miró el retrato que escondía detrás.

La miraban fijamente las caras de su madre y su padre y también una versión más joven de sí misma. El retrato había sido encargado justo antes de que su madre se hubiera puesto enferma. Había sido la primera vez que la familia posaba para un cuadro oficial desde que Blancanieves era bebé. Había estado colgado en el castillo poco más de unas semanas antes de que el rey ordenara que lo quitaran. Su tía afirmaba que él lo había hecho porque le resultaba demasiado doloroso ver la cara de la antigua reina todos los días, pero Blancanieves no pensaba lo mismo. Ella aprovechaba cualquier oportunidad que tuviera de ver la cara de sus padres.

«Buenos días, mamá. Buenos días, papá.»

Blancanieves había heredado la cara de su madre, pero los ojos de su padre, aunque eran gris azulado, tenían la misma forma que los suyos. Su mirada parecía amable, y eso es lo que intentaba ser Blancanieves, aunque le costara. Tocó suavemente con un dedo el cuadro áspero. «Papá, ¿por qué me abandonaste?», pensó, intentando no dejar que la amargura la invadiera. Sabiendo que no conseguiría una respuesta, escondió otra vez el retrato.

Volvió a las puertas dobles de su habitación y las abrió con cuidado. Como cada mañana, le esperaba una bandeja de pan y fruta. Sospechaba que era obra de los criados que quedaban y les agradecía

el gesto más de lo que podía expresar. Siempre le dejaban el desayuno delante de la habitación, pero la cena era más imprevisible, porque todo el mundo estaba ocupado con la comida más suntuosa de la reina. A Blancanieves no le importaba bajar a la cocina para coger algo para comer. Escondida allí, lejos de miradas indiscretas, la cocinera principal, la señora Kindred, le hacía caso a Blancanieves, a diferencia de todas las demás personas del castillo. Por unos momentos al día, tenía a alguien con quien conversar.

—Por favor, señor, hace dos días que no como.

Blancanieves estaba recogiendo la bandeja cuando oyó aquella frase. Sorprendida, se escondió entre las sombras de su puerta para escuchar la conversación sin que la vieran.

—Si no te han dejado comida, pues no tienes.

La princesa conocía aquella voz. Era Brutus, uno de los fieles guardias de su tía, pero no reconoció la de la otra persona.

—Pero prometieron que con este puesto me darían dos comidas al día. No es para mí, señor. Llevo casi todo lo que gano a casa para mi mujer y mi hijo. No podemos aguantar un tercer día sin comer.

—Tu trabajo es vigilar estos pasillos, no quejarte de la comida.

—Pero... —empezó a decir el guardia, cuando Brutus lo interrumpió.

—¿Estás cuestionando la decisión de la reina? Sabes qué le pasó al chico que ocupaba tu puesto antes que tú, ¿verdad? —Blancanieves miró entre las sombras y vio a Brutus acercarse agresivamente a la cara del joven—. Nunca más se lo volvió a ver. Hay quien dice que se convirtió en una de las serpientes que se deslizan por la hierba en el terreno. Me pregunto qué sería de tu familia si no estuvieras aquí.

—¡No! —exclamó el hombre enseguida—. No moleste a la reina. Esperaré a que traigan comida... cuando proceda.

Blancanieves cogió aire audiblemente. Había oído al cocinero y a otros criados comentar que su tía Ingrid practicaba la brujería.

—Así consigue ese aspecto tan joven —dijo una voz.

—Por eso nadie cuestiona sus decisiones. Tienen miedo de que los convierta en un sapo o un insecto o algo peor —dijo otra.

Hablaron de una habitación en la que la reina pasaba casi todo el tiempo hablando con alguien, aunque nunca se veía a nadie entrar ni salir de allí. Blancanieves no sabía qué pensar, pero conocía bien que las personas que molestaban a la reina desaparecían. Y sabía que la mera presencia de la reina infundía miedo a todo el mundo en el castillo. Brutus, que le hacía de guardaespaldas, era igual de terrorífico que ella.

—Chico listo —dijo Brutus, y fue por el pasillo hacia donde estaba Blancanieves, con una sonrisa alegre en los labios.

Blancanieves se apretó contra la fría pared para asegurarse de que no la viera. Cuando Brutus desapareció de su vista, se volvió a asomar para mirar al guardia. Era joven y estaba muy delgado. No era mucho mayor que ella. Y tenía una familia a la que alimentaba con comidas que no llegaban. Bajó la vista y miró el pan caliente y la fruta que había en su bandeja de desayuno.

Blancanieves todavía tenía el estómago lleno de la noche anterior. Podía aguantar hasta la cena sin nada más. Mirando a ambos lados para asegurarse de que el pasillo estuviera despejado antes de salir de las sombras, Blancanieves fue rápido hacia el guardia, mirando hacia abajo. El guardia pareció sorprendido al verla colocar la bandeja a sus pies.

—Alteza —dijo, sin saber bien qué decir—, pero esa es vuestra comida.

Blancanieves era demasiado tímida para hablar, así que apartó la comida y acercó la bandeja aún más a las botas del joven. Con un pequeño movimiento de cabeza y una sonrisa, volvió deprisa a la seguridad de sus aposentos antes de que alguien pudiera verlos hablando y decírselo a la reina, pero no antes de oírle decir en voz baja.

—Gracias, amable princesa. Gracias.

No se sentía demasiado como una princesa en aquel momento, pero le enorgullecía ayudar a alguien cuando podía. Ya de vuelta en sus aposentos, Blancanieves se preparó para realizar sus tareas diarias. Como la corte no se iba a reunir con su tía, sabía que era seguro limpiar con la fregona el vestíbulo del castillo. Se había ensuciado de barro cuando ella lo había cruzado el día anterior. También había algunas ventanas manchadas en el segundo piso que no había podido limpiar últimamente. Y había una alfombra que quería cepillar cerca del salón del trono. Odiaba acercarse demasiado a la sala de su tía, pero aquella alfombra era lo primero que veían las visitas cuando se reunían con ella, por muy poco que se diera el caso. Lo que pensara la gente del castillo era una de las pocas cosas sobre el reino que Blancanieves podía controlar, y la enorgullecía el trabajo... incluso en días en los que le dolía la espalda por limpiar baldosas o le salían callos en las manos por todo lo que tuvo que podar en el jardín. Intentó dividir el día entre actividades de interior y de exterior cuando el clima lo permitiera. Ese día hacía sol, así que esperaba salir al jardín lo antes posible. Quería coger flores para hacer ramos para los jarrones del castillo. No habría muchas personas que tuvieran la oportunidad de ver las flores, pero al menos alegraría el día a los criados.

Reunió sus productos de limpieza y, cuando estaba a punto de entrar en el pasillo, oyó pasos. De nuevo, instintivamente, fue hasta las sombras para esconderse. Eran la modista de la reina, Margaret, y su aprendiz: su hija, que tendría más o menos la misma edad que Blancanieves. Blancanieves las había oído hablar muchas veces cuando iban al castillo y sabía que la hija se llamaba Anne, pero ellas dos no habían hablado nunca.

—Ya te lo he dicho. No sé por qué nos ha llamado —Blancanieves oyó que decía Margaret mientras empujaba un carrito con rollos

de tela y material de costura. En cada giro, el carro hacía un chasquido que resonaba por todo el pasillo—. Seguro que no es nada de lo que preocuparse.

—¿Y si ha vuelto a cambiar de idea? —insistió Anne, con sus ojos marrones llenos de preocupación. Se apartó un mechón de pelo de la cara bronceada—. No podemos permitirnos tirar más tela, mamá. La reina no nos dejará vender los vestidos descartados a nadie y tampoco dejará que nos los quedemos. Un día los quiere todos morados, al siguiente, todos negros, y al otro, azules. ¡La reina malvada es muy indecisa!

—¡Cómo te atreves a llamarla así! ¡Cállate! —Margaret miró alrededor preocupada y Blancanieves se adentró más en la penumbra—. ¿Sabes la suerte que tenemos de tener este puesto? Ella es la reina y, como sabes, puede hacer lo que le plazca, incluso acabar con nosotras.

Anne bajó la cabeza y se quedó mirando el cesto lleno de bobinas de tela que llevaba en los brazos.

—Lo siento, mamá. ¡Es que parece un derroche! Sus impuestos y sus reglas significan que haya mucha gente pasando hambre. Si pudiéramos dar la ropa que no quiere a las personas necesitadas...

Blancanieves se ponía triste al oír a los súbditos hablar de aquella forma. Como tenía prohibido salir del castillo, no lo sabía con seguridad, pero tenía la sensación de que la mayoría de la gente tenía problemas. Odiaba sentir que la vida que ella llevaba estaba congelada en el tiempo. Habría dado cualquier cosa para ayudar al pueblo, pero sabía que su tía nunca tomaría en consideración lo que ella le dijera.

Margaret detuvo el carrito.

—¡Ya basta! ¡Te lo digo en serio! —Anne se quedó en silencio—. Te estoy preparando para que ocupes este puesto cuando yo sea demasiado vieja para enhebrar una aguja. ¿Quieres que otra persona se quede con este trabajo?

—¿Puedo ser sincera? —dijo Anne, y Blancanieves no pudo evitar reírse.

Anne parecía divertida. A Blancanieves le habría gustado pasar tiempo con ella. Pero aquello era imposible.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Anne alarmada. Blancanieves intentó no hacer nada de ruido. Anne estaba mirando en su dirección.

—¿Lo ves? —susurró Margaret—. Ella siempre vigila, niña. ¡Siempre! Basta de quejarse. Lo que la reina no quiera hoy, lo pones con los demás restos que dejamos.

Anne suspiró.

—Sí, mamá.

«¡Más trapos!», pensó Blancanieves. Se preguntó qué pensaría la reina si supiera que la ropa que ella descartaba se rasgaba y se utilizaba para limpiar. (El personal bromeaba diciendo que el castillo tenía los mejores trapos para limpiar de aquellas tierras.)

Blancanieves observó cómo seguían por el pasillo y esperó hasta que hubieran girado hacia los aposentos de la reina antes de salir a la luz de nuevo. De repente, oyó algo que se movía, se quedó quieta y, luego, se dio la vuelta despacio. Anne había vuelto atrás y la estaba mirando. Las dos se observaron un momento. Blancanieves no sabía muy bien qué hacer, así que se quedó allí de pie, inmóvil como una estatua. Después, Anne sonrió y, luego, hizo algo sorprendente: una reverencia dirigiéndose a Blancanieves.

—Buenos días, princesa —dijo. Y luego desapareció.

Blancanieves agarró los productos de limpieza y se marchó enseguida por si Anne volvía. Por muy agradable que fuera ser reconocida, sabía que no podía responderle. No ahí, al descubrierto. No sin que la reina se enterase y castigara a Blancanieves, o, peor, a Anne, por «poner en peligro a la princesa» con su compañía. Recorrió el pasillo en la otra dirección, bajó dos tramos de escaleras, atravesó el salón de banquetes, el comedor y los dormi-

torios y fue directamente a las puertas que conducían al jardín de su madre.

Azul. Siempre le sorprendía lo azul que estaba el cielo en un día sin nubes. ¿Siempre era de ese color o era más sorprendente porque hacía mucho tiempo que lo había visto? Había llovido los tres últimos días, lo que la había obligado a quedarse en casa, muy triste. El sol hizo que estuviera más agradecida ese día. Tenía a su madre en la cabeza después del sueño de la noche anterior, y estar en los jardines cerca del aviario siempre hacía que se sintiera más cerca de ella.

Bajó la vista hasta los escalones de piedra que tenía debajo de los pies. El musgo había empezado a trepar sigilosamente por la escalera y estaba tiñendo la piedra blanca de verde. Empezaría ahí. Con un suspiro, se arrodilló, mojó la esponja y empezó a frotar, canturreando una canción mientras trabajaba. Al cabo de un rato, unos pájaros blancos se posaron en los escalones para mirarla.

—¡Hola! —dijo. Se sacó un poco de alpiste del bolsillo y lo dejó en los escalones para que se lo comieran. Tras acabárselo, se quedaron a verla trabajar. A ella no le importaba. Le ayudaba tener compañía, aunque los pájaros no hablaran. A veces se sorprendía contándoles cosas. Es cierto que algunas personas la tomarían por loca por tener conversaciones con animales, pero ¿acaso alguien le prestaba atención?

El musgo empezó a desaparecer después de que lo fregara, y los escalones parecían casi nuevos. Encantada, se fue al pozo a coger un cubo de agua fresca. Quizás si acababa de limpiar a tiempo, podría visitar el aviario. Los pájaros la siguieron, mirando cómo subía el agua del pozo, y ella no pudo evitar sonreír.

—¿Queréis que os cuente un secreto? —preguntó a los pájaros—. Es un pozo mágico de los deseos. Vamos a pedir uno.

Había sido su madre quien le había dicho que el pozo tenía aquel poder.

—¿Qué deseas? —le preguntaba su madre, y Blancanieves recordaba cerrar los ojos y concentrarse con fuerza.

—Deseo... —decía... y, entonces, pedía lo que más quería en el mundo en aquel momento. Una vez era un poni. Otras, una muñeca o una tiara que se pareciera a la corona de su madre. Todos sus deseos eran concedidos a los pocos días de haberlos pedido en el pozo. Ya era lo suficientemente grande para saber que eran su padre y su madre los que habían convertido sus deseos en realidad, pero de todos modos le encantaba la idea de que el pozo fuera mágico. No había pedido ningún deseo desde que era niña, pero el movimiento le parecía tan natural que no podía evitar volverlo a hacer. Blancanieves cerró los ojos.

—Deseo...

¿Qué deseaba?

Ya no necesitaba un poni ni una muñeca. Lo que necesitaba era el amor de sus padres, pero ningún pozo podía retroceder en el tiempo y cambiar su destino. Ella había aceptado su vida mundana y solitaria y había puesto al mal tiempo buena cara... pero no podía evitar desear que hubiera alguien con quien compartir sus días.

—Deseo amor —anunció Blancanieves, una frase sencilla y profunda al mismo tiempo.

Abrió los ojos y miró en el pozo cavernoso.

Ningún amor (ni verdadero ni de otro tipo) la estaba esperando en el fondo.

Siempre se puede soñar. Y ella seguía estando fuera, disfrutando de aquel día precioso. Le daban ganas de cantar. Pensó en su madre y tarareó una de sus canciones preferidas, una que le dijo que le cantaba al padre de Blancanieves cuando eran novios. Los pájaros se quedaron cerca de ella para escuchar su voz melodiosa.

Estaba tan absorta en la música que no se percató de que había un chico hasta que él se puso delante de ella, tras aparecer como por arte de magia.